

Castel Gandolfo, 29-30 de mayo de 1998

Una luz para la familia

Queridísimos participantes en el Congreso de Familias Nuevas:

Un cordial saludo y mi más cálida bienvenida.

Ya que no puedo estar personalmente con ustedes, deseo estar presente con un breve mensaje de apertura a los trabajos de este congreso cuyo tema es: *La familia y la espiritualidad de la unidad*.

Es un argumento muy importante y de gran actualidad. Hay sed de espiritualidad y de sagrado en nuestra sociedad, una sed para la cual el ser humano, a menudo, encuentra respuestas inadecuadas e incluso perjudiciales. Por otro lado, la crisis de la institución familiar, que se vive desde hace décadas, se ve afectada y agravada ahora por factores perturbadores que destruyen, desde la raíz, la idea misma de familia: por ejemplo, las experimentaciones salvajes de ingeniería genética, el reconocimiento de todo tipo de convivencia, etc. Aumentan los huérfanos de padres vivos, los hijos con demasiados padres.

Una sensación de desorientación se difunde cada vez más, junto con una profunda preocupación por las perspectivas futuras. Nos preguntamos, entonces: Pero, ¿qué le está sucediendo a la familia? ¿Dónde se detendrá su caída? Además, una duda surge en muchos: ¿Pero la familia existe o es sólo una forma de convivencia ligada a un determinado modelo social? ¿Es una invención del hombre o está escrita en su ADN? Y, sobre todo, ¿Dónde puede encontrar el proyecto para volver a ser ella misma? ¿Quién nos dará respuesta al respecto?

Cuando le pidieron a Jesús que hablara del matrimonio, de inmediato Él se refirió a lo que era “en el principio”. Él mismo citó las palabras escritas en los primeros capítulos del Génesis que narran la creación, queriendo indicar dónde podríamos siempre encontrar la verdad sobre el hombre, sobre la mujer, sobre su relación de comunión.

También en estos días de congreso, por lo tanto, es preciso volver “al principio” para encontrar las respuestas que esperamos.

“Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios; los creó varón y mujer” (*Gn 1, 27*). Cuando Dios creó al género humano, plasmó una familia, o sea, a un hombre y a una mujer llamados a la comunión, “a imagen” del misterio de amor de su propio ser; llamados a la fecundidad y a usar toda la creación, “a semejanza” de la inagotable paternidad de Dios.

A la luz del Nuevo Testamento es posible vislumbrar en Dios mismo, en el misterio trinitario de su vida, el modelo originario de la familia”¹.

Éste es el pensamiento que Juan Pablo II expresó de una manera admirable en su *Carta a las familias*: “El ‘Nosotros’ divino constituye el modelo eterno del ‘nosotros’ humano, de aquel ‘nosotros’, ante todo, formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina”².

La familia, por tanto, signo, símbolo y modelo de cualquier otro designio de Dios, refleja su misma vida, la vida de la Santísima Trinidad: el Espíritu que une al Padre y al Hijo en una relación de amor, une en el sacramento a los esposos en una renovada participación en el amor trinitario.

¹ *Carta a las familias* 1,6

² *Ib.*

El modelo de la familia, por lo tanto, existe; está inscrito en nuestro mismo ser personas: es un modelo comunitario.

El proyecto de vida para la familia existe, es el amor que une el “Nosotros” divino, el mismo amor que el Verbo trajo a la Tierra: un proyecto comunitario.

Es un modelo, en cierta forma, inalcanzable. Pero Dios no puede habernos creado para cosas imposibles. También Él ha trazado, a lo largo de los siglos, los caminos adecuados a la sensibilidad de las personas y a los signos de los tiempos, para llegar a la plena realización de su designio.

En estos días se hablará justamente, de nuestra “espiritualidad comunitaria”, o “espiritualidad de la unidad”, aplicada a la vida de familia.

Mi convicción, respaldada también por los testimonios de muchas familias de diferentes culturas, es que ésa es tan adecuada para la familia, que podría parecer, en cierto modo, “la espiritualidad típica” para quien está llamado al matrimonio. ¿Por qué? Porque no se la puede vivir individualmente, sino comunitariamente, por varias personas juntas.

Menciono solamente algunos de sus puntos, no sólo para destacar la consonancia con los muchos anhelos de los hombres y de las mujeres de hoy, sino para mostrar que, siguiéndola, es posible adecuar nuestra convivencia a la ley del Cielo.

En primer lugar, presupone una elección personal de Dios, un “sí” que fundamenta y construye a la persona como respuesta al proyecto particular pensado desde siempre para ella por el Amor; un proyecto que se desarrolla en la vivencia diaria de las Palabras de Jesús.

La gracia del sacramento del matrimonio ayuda a la realización del mandamiento del amor recíproco que, si es vivido con radicalidad evangélica, atrae la presencia de Jesús entre los esposos, garantía de un amor siempre nuevo y abierto al tejido social que lo rodea.

Toda la vida de la familia está hecha de amor, en sus varias expresiones y matices, y es un juego constante de distinción y de unidad, donde cada uno con sencillez se pierde a sí mismo por amor al otro, y para construir así la familia como verdadera comunidad, primera célula de la sociedad.

Es un amor, por lo tanto, que si es iluminado por la fe, reconoce su fuente en el saber morir por el otro, como supo hacer el Hijo de Dios por nosotros. Pero sus secretos profundos y también de éstos se hablará en estos días.

Pienso que los esposos y las familias, bebiendo de esta espiritualidad, pueden saciar su sed de autenticidad, de comunión continua y sin reservas, de valores trascendentes, duraderos, siempre nuevos. Porque es Dios mismo, en el misterio de su vida trinitaria, quien pasa y llama a la puerta de sus casas, para encender allí un ‘focolar’, para compartir con ellos su misma vida.

Deseo que todos (ya que todos vivimos en una familia) acepten esta invitación. Entonces veremos realmente sanarse y revitalizarse el mundo de la familia, y por medio de ella, la sociedad y la Humanidad. Aun en medio de las contradicciones y de las pruebas de cada día, podremos vivir realmente, como dice el título del congreso, entre la Tierra y el Cielo.

Chiara Lubich